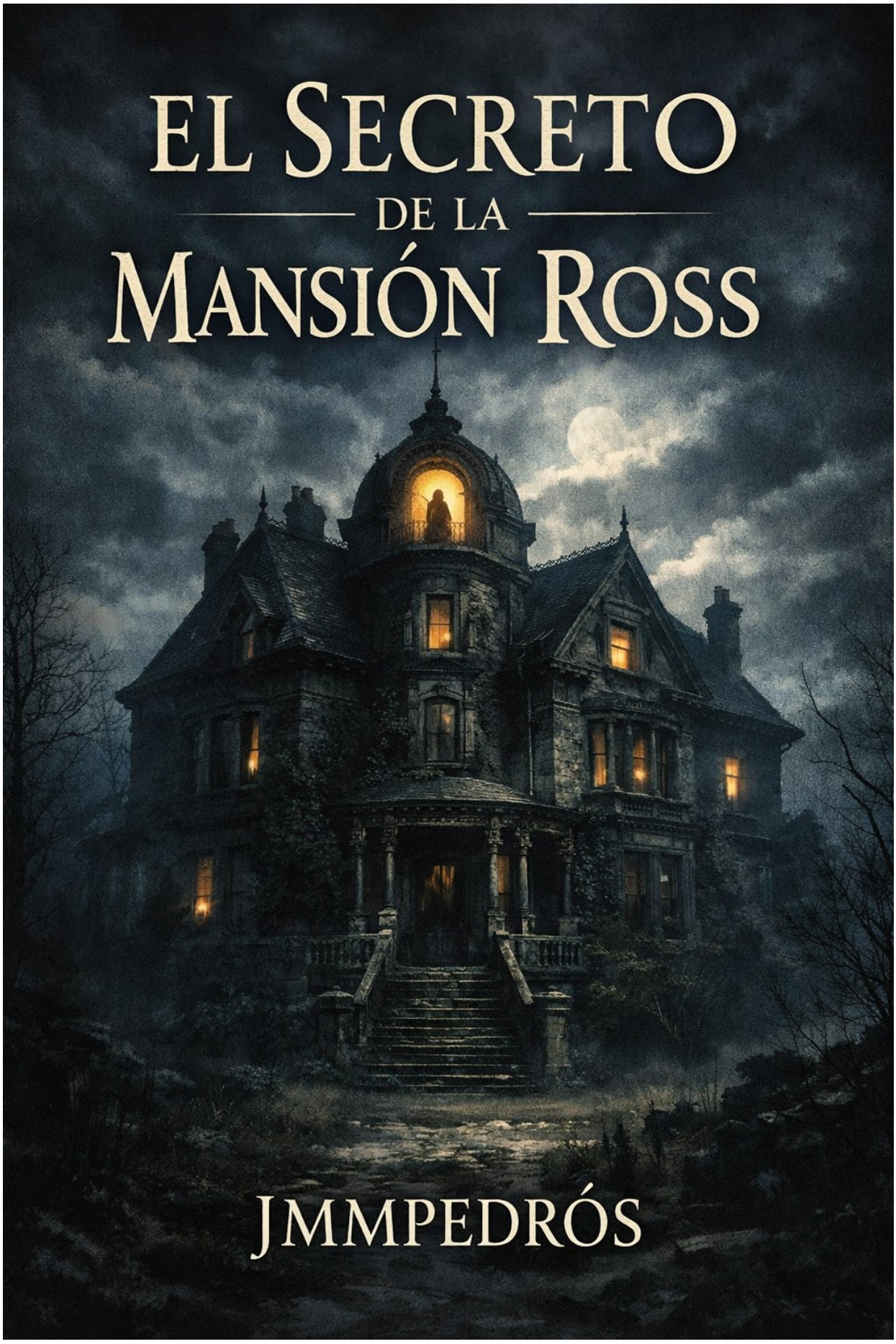
EL SECRETO DE LA MANSIÓN ROSS



JMMPEDRÓS

EL SECRETO DE LA MANSIÓN ROSS

Autor: JMMPEDRÓS. ®2026

Edición y maquetación propia

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de Copyright y tratados internacionales.

Licencia: Creative Commons Atribución–NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0).
Esta obra puede compartirse, copiarse y adaptarse para fines **no comerciales**, siempre que se reconozca adecuadamente la autoría.
Autor: JMMPEDRÓS
Para usos comerciales, traducciones editoriales o cualquier otra explotación con ánimo de lucro, es necesario el consentimiento expreso del autor.
Licencia completa:
https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/

ADVERTENCIA AL LECTOR

Las historias que componen esta colección están dirigidas a un público adulto. En ellas se abordan, con frecuencia y sin concesiones, temas incómodos, oscuros y profundamente humanos que pueden resultar perturbadores para algunas sensibilidades.

No son relatos amables ni buscan endulzar la realidad. Contienen situaciones inquietantes, violencia psicológica, crudeza emocional y un humor negro que no siempre deja buen sabor de boca. Por ello, se recomienda su lectura a personas de mente abierta, con criterio propio y con el estómago lo suficientemente fuerte como para adentrarse en narraciones que no rehúyen lo desagradable.

Si decide continuar, hágalo sabiendo que lo que encontrará en estas páginas no pretende tranquilizar, sino remover

SINOPSIS

Buscaba silencio.
Encontró un susurro.
Siguió una sombra.
Escribió sin descanso.
Hay puertas que no deberían abrirse.

CAPÍTULO 01

La casa seguía siendo demasiado grande desde que él se había ido. No porque antes estuviera llena de risas —eso habría sido una mentira cómoda— sino porque al menos había ruido: el arrastre de los lienzos por el suelo, el golpe seco de los bastidores contra la pared, el olor persistente del aceite de linaza colándose por el pasillo como un huésped pesado. Ahora el silencio tenía cuerpo propio. Se sentaba frente a ella en la mesa del comedor y la observaba mientras removía un café que jamás terminaba. La taza, con el logotipo de alguna editorial extranjera que la había celebrado como fenómeno literario, parecía burlarse de su inmovilidad. Había sido una autora de best sellers, una maquinaria casi perfecta de crear mundos y conflictos; ahora apenas lograba hilvanar una frase sin sentir que estaba copiando algo que ya había escrito mejor años atrás.

Clara —porque su nombre merecía sonar firme, aunque ella no lo estuviera— había sostenido durante más de una década el peso económico y emocional de un matrimonio que siempre tuvo algo de desequilibrio romántico. Él, pintor de óleos con talento intermitente y ego permanente, llevaba años vendiendo más discurso que cuadros. Su estudio era una catedral de intentos fallidos, y ella pagaba el alquiler de esa fe obstinada con regalías, entrevistas y giras de promoción donde sonreía como si la inspiración fuera una fuente eterna y no un animal caprichoso que se esconde cuando más lo necesitas. Él decía que la admiraba, que su éxito era “casi pictórico”, pero cada vez que firmaba un contrato nuevo, algo en su mirada se volvía más opaco, como un barniz mal aplicado.

La joven modelo apareció primero como una anécdota repetida con exceso de detalle. Clara escuchaba, mientras cenaban, descripciones demasiado minuciosas sobre la luz en los hombros de aquella chica, sobre la pureza de su piel, sobre la “frescura” que devolvía sentido a los pinceles. Al principio sonrió con la indulgencia de quien cree conocer todos los pliegues del carácter ajeno; después empezó a notar que él llegaba tarde, que se duchaba en silencio y que evitaba mirarla a los ojos cuando ella hablaba de su próximo manuscrito. El abandono no fue una explosión dramática sino una mudanza fría. Una mañana faltaban varias camisas, sus pinceles favoritos y el cuadro inconcluso que llevaba meses apoyado contra la pared. Sobre la mesa, una nota breve, casi administrativa, donde hablaba de “necesidad de aire” y “nuevos horizontes creativos”. El horizonte tenía veintisiete años y una sonrisa que Clara había visto una sola vez, en una inauguración, sin sospechar que estaba observando el principio del fin.

Desde entonces, las musas se habían vuelto esquivas hasta la crueldad. Clara se sentaba frente al ordenador con la disciplina de siempre, pero la pan-

talla en blanco parecía absorberle la energía en lugar de ofrecerle posibilidades. Su agente llamaba con cautela estudiada, preguntando por avances que no existían, y ella respondía con evasivas elegantes que empezaban a sonar a mentira incluso para sí misma. El mundo seguía considerándola una autora prolífica, una narradora implacable de intrigas psicológicas; nadie imaginaba que ahora era incapaz de ordenar sus propios pensamientos sin sentir que se desmoronaban. A veces abría sus libros antiguos al azar y le sorprendía no reconocerse en esas páginas intensas, como si otra mujer —más aguda, más despiadada— hubiera escrito en su lugar.

Las noches eran lo peor. La cama, que antes compartía más rutina que pasión, se había convertido en un territorio extraño donde cualquier crujido adquiría dimensiones inquietantes. Clara no lloraba; no era una mujer de lágrimas fáciles. Lo que la invadía era algo más sutil y más peligroso: una sensación de vacío fértil, como la tierra removida antes de una tormenta. Miraba el techo y pensaba en la joven modelo, en la piel iluminada por el estudio, en los pinceles deslizándose sobre un cuerpo que no era el suyo, y sentía una mezcla amarga de humillación y lucidez. Había escrito decenas de tramas sobre traiciones y obsesiones, sobre mujeres que cruzaban líneas invisibles cuando el dolor las empujaba demasiado lejos. Ahora empezaba a preguntarse, con una calma que la asustaba, hasta dónde estaría dispuesta a cruzar ella si el silencio seguía creciendo dentro de la casa.

Porque el silencio no solo ocupaba espacio: parecía escucharla. Y en esa escucha paciente, casi expectante, Clara empezaba a percibir algo nuevo, algo que no sabía si llamar idea… o impulso.

La llamada de su editora llegó un martes por la mañana, puntual como un recordatorio médico, con esa cordialidad que solo existe cuando hay dinero de por medio. Clara dejó sonar el teléfono dos veces antes de contestar, observándolo sobre la mesa como si pudiera morderla. Al otro lado, la voz era dulce, profesional, cargada de una paciencia artificial que no ocultaba la urgencia real. Le recordaron, con delicadeza estudiada, que el contrato firmado el año anterior incluía fechas muy claras, cifras muy concretas y una cláusula de penalización que no admitía demasiadas interpretaciones. “Sabemos que estás pasando por un momento complicado”, dijo la editora, y esa frase, pronunciada con suavidad corporativa, le atravesó el pecho como una aguja fría. No necesitaba comprensión; necesitaba una historia, y la historia no estaba.

La presión empezó a tomar forma física. Clara sentía el contrato como una losa apoyada sobre el escritorio, aunque el documento real descansara dentro de un cajón. Cada vez que abría el ordenador, la fecha límite parpadeaba en su mente como una cuenta atrás silenciosa. El anticipo ya estaba gastado en impuestos, hipoteca y en sostener durante años una carrera ajena que ahora

florecía en brazos más jóvenes. Su reputación, construida con precisión quirúrgica libro tras libro, podía agrietarse si incumplía. En el mundo editorial, el éxito es una moneda que se desgasta rápido, y el público no perdona el silencio demasiado prolongado. Clara lo sabía mejor que nadie; había escrito sobre la fragilidad de la fama con la lucidez de quien se cree inmune.

Como si esa espada invisible no fuera suficiente, comenzaron los mensajes de él. Primero fueron correos ambiguos, casi nostálgicos, donde hablaba de "cerrar asuntos pendientes" y "mantener una relación civilizada por el bien de ambos". Después el tono cambió, se volvió más directo, más descarnado. Le recordó que, en ciertos momentos oscuros de su matrimonio, ella había tenido reacciones poco elegantes; mencionó discusiones, crisis nerviosas, consultas médicas que podían reinterpretarse de forma maliciosa si alguien decidía contarlas con otro enfoque. No hacía falta que fuera explícito: Clara entendía perfectamente la amenaza. Una escritora famosa vive tanto de su obra como de su imagen pública, y él conocía rincones íntimos que podían convertirse en titulares si se exponían con la dosis justa de veneno.

La ironía era obscena. Después de abandonarla por una modelo que, según rumores que empezaban a circular, ya posaba también para otros pintores con más proyección que él, ahora le pedía dinero con la naturalidad de quien reclama una herencia legítima. Hablaba de "acuerdo amistoso", de "evitar litigios innecesarios", mientras deslizaba cifras que la favorecían a él de manera casi insultante. Clara leía sus mensajes una y otra vez, sintiendo cómo algo se endurecía en su interior. No era solo rabia; era la humillación de haber financiado durante años su decadencia y encontrarse ahora chantajeada por el mismo hombre que había sostenido con su éxito.

Las noches dejaron de ser silenciosas para volverse densas. El teléfono vibraba sobre la mesilla con mensajes que no necesitaba abrir para conocer su contenido. A veces imaginaba titulares inventados, entrevistas manipuladas, fotografías suyas captadas en el peor momento posible. Veía su rostro en portadas digitales acompañado de palabras como "inestable", "obsesiva", "escándalo". Ella, que había construido tramas donde la presión externa llevaba a los personajes al límite, comenzaba a reconocer en sí misma ese territorio peligroso donde el miedo se transforma en cálculo.

Porque algo empezó a cambiar en la manera en que pensaba. Ya no se preguntaba solo cómo escribir una nueva novela; empezó a preguntarse cómo protegerse, cómo anticiparse, cómo convertir la amenaza en ventaja. Si él conocía sus sombras, ella conocía las de él. Había visto sus fracasos de cerca, había pagado silenciosamente deudas que jamás aparecieron en exposiciones ni entrevistas, y conservaba correos, facturas, pruebas de una dependencia económica que contradecía la imagen de artista incomprendido que él empeza-

ba a cultivar. Clara no era una mujer ingenua. Era una narradora experta en intrigas, en giros, en estrategias invisibles.

Sentada frente a la pantalla en blanco, comprendió con una claridad inquietante que tal vez la historia que no lograba escribir estaba ya ocurriendo a su alrededor. Tal vez no necesitaba inventar un antagonista; lo tenía. Tal vez no necesitaba buscar un conflicto; lo estaba viviendo. Y mientras su editora contaba días y su exmarido contaba dinero, Clara comenzó a esbozar mentalmente un argumento donde la víctima aparente no siempre es la más indefensa, y donde la verdad, bien administrada, puede convertirse en un arma más afilada que cualquier amenaza.

La pregunta ya no era si lograría terminar la novela a tiempo. La pregunta era quién acabaría siendo el verdadero protagonista de ella.

La segunda llamada no fue amable; fue definitiva. La editora no empleó rodeos ni el tono azucarado de las primeras conversaciones. Su voz sonaba firme, práctica, acostumbrada a lidiar con egos inflamados, crisis creativas y genios autodestructivos sin despeinarse. Citó a Clara en su despacho esa misma tarde, sin dar espacio para excusas. “Necesitamos hablar en persona”, dijo, y la frase quedó suspendida como una sentencia que no admitía apelación.

Clara acudió casi por inercia, vestida con una sobriedad automática que no lograba ocultar las sombras bajo sus ojos. El edificio de la editorial, con sus cristales impecables y su aire acondicionado excesivamente eficiente, parecía pertenecer a otro mundo, uno donde las historias se medían en cifras y calendarios. El despacho de la editora era amplio, luminoso, decorado con fotografías de autores sonrientes sosteniendo ejemplares recién impresos, como trofeos silenciosos. Allí dentro, el éxito tenía marco y fecha.

Su editora —mujer curtida en mil batallas literarias, capaz de domesticar a poetas alcohólicos y novelistas paranoicos con la misma serenidad con la que revisaba balances— la observó con atención antes de hablar. No había compasión en su mirada, pero tampoco dureza gratuita; lo que había era experiencia. Sabía reconocer el agotamiento cuando lo tenía delante, y Clara, en ese instante, era un manual abierto.

“Necesitas un cambio de aires”, dijo finalmente, entrelazando las manos sobre la mesa. La frase no fue una sugerencia ligera, sino una conclusión trabajada. Clara la miró sin comprender del todo, como si las palabras tardaran en atravesar una niebla espesa que se había instalado en su mente desde hacía semanas. Cambio de aires. La expresión le pareció absurda, casi ofensiva, frente al peso concreto del contrato, del chantaje, del miedo a la exposición pública. No necesitaba aire; necesitaba control.

La editora continuó, imperturbable. Le habló de escritores que habían bloqueado durante meses hasta que un retiro forzado en un entorno distinto había desbloqueado algo esencial. Le habló de silencio real, no el silencio contaminado de recuerdos que impregnaba su casa. “Te irás a un lugar donde nadie te moleste, donde no haya prensa, ni llamadas, ni fantasmas domésticos”, explicó con precisión casi quirúrgica. “Un rincón del mundo que no aparezca en tus redes sociales y donde el tiempo tenga otro ritmo. Te concentrarás en escribir. Solo escribir.”

Clara permanecía sentada, con la sensación extraña de estar escuchando el planteamiento de una novela ajena. La idea de marcharse le parecía lejana, irreal, y sin embargo algo en su interior reaccionó con un leve estremecimiento. La posibilidad de escapar de los mensajes insistentes de su exmarido, de la vibración constante del teléfono, de las paredes que todavía retenían el olor del óleo… tenía una lógica seductora. Pero también había algo inquietante en la contundencia con la que la decisión parecía ya tomada.

La editora deslizó entonces una carpeta hacia ella. Dentro había fotografías impresas: una casa aislada, rodeada de naturaleza, lejos de cualquier núcleo urbano reconocible. No era una mansión lujosa, sino una construcción sobria, casi austera, con grandes ventanales y un camino de tierra que desaparecía entre árboles densos. “La utilizamos hace años con otro autor. Funcionó. Nadie lo molestó. Nadie lo encontró”, añadió con una media sonrisa que pretendía ser tranquilizadora y que, sin embargo, dejó un eco extraño en la mente de Clara.

“Nadie lo encontró.”

La frase se quedó flotando un segundo más de lo necesario. Clara sintió un leve escalofrío, apenas perceptible, como cuando una corriente de aire atraviesa una habitación cerrada. ¿Era exactamente eso lo que necesitaba? ¿Un lugar donde nadie pudiera encontrarla? La propuesta, planteada como una solución profesional, comenzaba a adquirir una dimensión más profunda. Allí, lejos de todo, podría escribir. Allí, lejos de todo, también podría pensar con claridad. Y quizá, en esa claridad, tomar decisiones que en la ciudad resultaban imposibles.

Mientras sostenía las fotografías entre las manos, Clara notó algo nuevo mezclándose con su cansancio: una chispa mínima, peligrosa, parecida a la anticipación. No sabía aún si aquella casa sería refugio o escenario, pero intuía que, si aceptaba, no regresaría siendo exactamente la misma mujer que había entrado en aquel despacho.

Y por primera vez en semanas, la pantalla en blanco dejó de parecer un enemigo. Empezaba a parecer un territorio.

—Escocia —dijo la editora, como si estuviera pronunciando la solución matemática a un problema sencillo.

Clara parpadeó, tardando un segundo en procesar la palabra. —¿Escocia? —repitió, con esa incredulidad casi infantil que surge cuando la realidad toma un giro brusco.

La editora asintió con naturalidad, como si enviarla al norte del mundo fuera tan rutinario como cambiar la portada de una novela. Le explicó que la editorial tenía alquilada, desde hacía años, una antigua mansión en tierras escocesas, un edificio de piedra oscura que había sobrevivido a generaciones, tormentas y herencias mal resueltas. Un lugar apartado, sin cobertura de celular, sin vecinos curiosos ni periodistas al acecho, sin distracciones tecnológicas que sabotearan el proceso creativo. “Allí escribirás lo mejor de ti”, afirmó con esa convicción que no dejaba espacio a la réplica.

—Pero si allí hace un frío del carajo —protestó Clara, intentando recuperar algo de control mediante el humor defensivo.

La editora sonrió apenas, como quien ya ha previsto cada objeción posible. Le aseguró que todo estaba calculado con precisión logística: antes de su llegada, el personal local dejaría la calefacción encendida, la despensa surtida con alimentos frescos, vinos seleccionados y provisiones suficientes para semanas. La casa, dijo, estaba equipada con todas las comodidades imaginables, un equilibrio perfecto entre el encanto antiguo y el confort moderno, algo así como un hotel de cinco estrellas camuflado bajo siglos de historia. Clara escuchaba los detalles con una sensación ambigua; por un lado, la idea de desaparecer temporalmente del radar público resultaba tentadora, casi seductora; por otro, la imagen de sí misma aislada en un edificio remoto comenzaba a dibujar un contorno inquietante en su imaginación.

La conversación parecía haber terminado cuando la editora se levantó y rodeó el escritorio para acompañarla a la puerta. Fue entonces, justo cuando Clara se disponía a marcharse, cuando la mujer añadió, con un brillo irónico en los ojos: —Ah, y por supuesto, con fantasma incluido. Como toda mansión escocesa que se precie.

La frase cayó con ligereza, como una broma privada entre viejas conocidas, pero Clara no pudo evitar que algo se tensara en su interior. Se obligó a sonreír, a encajar el comentario como lo que supuestamente era: una chanza sobre leyendas, tradiciones y el inevitable folclore que rodea a cualquier construcción centenaria en aquellas tierras. Sin embargo, mientras descendía en el ascensor y contemplaba su reflejo pálido en el espejo del interior, la palabra fantasma comenzó a resonar con una profundidad inesperada. No por miedo in-

fantil a apariciones, sino por la carga simbólica que arrastraba. Ella ya convivía con fantasmas: el de su matrimonio fallido, el de la inspiración perdida, el de la reputación amenazada.

De camino a casa, atrapada en el tráfico urbano, dejó que la idea se asentara. Escocia significaba distancia real, kilómetros tangibles entre ella y el chantaje constante de su exmarido. Significaba silencio verdadero, sin vibraciones nocturnas del teléfono ni encuentros incómodos en presentaciones literarias. Significaba tiempo. Y el tiempo, bien administrado, podía convertirse en un arma o en un bálsamo. Quizá la editora tenía razón; quizá un lugar solitario y apartado de toda civilización era exactamente lo que necesitaba para escribir otro best seller, uno que no naciera del cálculo sino de la experiencia directa del límite.

Lo del fantasma terminó por digerirlo como una ironía afectuosa de una mujer que había visto demasiados egos desmoronarse para tomarse en serio las supersticiones. Clara se sorprendió incluso imaginando titulares promocionales futuros: “La novela escrita en una mansión embrujada de Escocia”. Había algo comercialmente atractivo en esa narrativa.

Sin embargo, cuando entró en su casa y el silencio la recibió con esa familiaridad casi hostil, la palabra volvió a aparecer en su mente, esta vez sin sonrisa que la suavizara. Fantasma. No sabía aún si temía encontrar uno entre muros de piedra o convertirse ella misma en algo parecido: una presencia aislada, suspendida en un lugar donde nadie pudiera alcanzarla.

Y por primera vez, la idea de desaparecer durante un tiempo no le pareció una huida, sino una estrategia.

Clara no inició el viaje como quien parte hacia una oportunidad, sino como quien acepta una condena con la dignidad mínima que le queda. No había entusiasmo en su maleta, solo ropa doblada con método y una carpeta con notas dispersas que pretendían parecer un proyecto. Mientras cerraba la puerta de su casa, no sintió nostalgia; sintió resentimiento. Le molestaba el silencio, pero también le molestaba abandonarlo. Le molestaba todo. La vida entera parecía haber conspirado para empujarla hacia un rincón del mapa que no había elegido, en un momento que no había pedido, con una inspiración que no tenía.

El aeropuerto fue la confirmación de que el mundo no estaba dispuesto a adaptarse a su estado de ánimo. La marea humana la rodeaba con una indiferencia casi ofensiva. Familias eufóricas, niños arrastrando mochilas con ruedas que vibraban contra el suelo, parejas haciéndose selfies frente a paneles luminosos. Todo le resultaba estridente. El registro de equipaje, las miradas rutinarias del personal de seguridad, la necesidad de descalzarse para cruzar el arco

detector… cada gesto le parecía una pequeña humillación añadida. Sentía que la obligaban a despojarse no solo de sus objetos, sino de cualquier resto de intimidad. Mientras esperaba en la fila, observaba a su alrededor con una mezcla de superioridad amarga y fatiga: nadie parecía entender el peso que ella arrastraba por dentro.

Cuando por fin subió al avión, no hubo alivio, solo una nueva fase del suplicio. Le había tocado plaza turista, una ironía cruel para alguien que había firmado contratos millonarios y llenado auditorios con lectores devotos. El asiento estrecho, el espacio reducido para las piernas, el respaldo que no terminaba de encajar… todo conspiraba contra su ya escasa paciencia. A los pocos minutos de despegar, varios pasajeros se quitaron los zapatos con una naturalidad que la dejó atónita; el olor denso de calcetines sudados y pies mal ventilados empezó a expandirse en el aire reciclado de la cabina, instalándose en su garganta como una presencia física. Clara respiraba por la boca, conteniendo la náusea y la rabia.

Los niños no permanecían quietos. Se levantaban, pedían cosas, lloriqueaban, pateaban el respaldo de los asientos delanteros con esa energía caótica que ella, en otro tiempo, habría descrito con ternura literaria y ahora solo percibía como agresión sonora. La película proyectada en las pantallas era una comedia insípida, llena de risas enlatadas y diálogos previsibles que le resultaban casi insultantes; apagó el sonido al cabo de diez minutos, incapaz de soportar el contraste entre aquella banalidad y el caos silencioso que le ocupaba la cabeza. La comida, servida en bandejas de plástico, tenía un aspecto indefinido y un sabor aún más impreciso, y la textura blanda de algo que pretendía ser carne le dejó una sensación grasienta en el paladar que la acompañó demasiado tiempo.

Como si el espacio reducido no fuera suficiente, el asiento contiguo lo ocupaba un hombre corpulento que desbordaba los límites físicos de su plaza con una inconsciencia casi ofensiva. Su brazo invadía el reposabrazos común, su cuerpo invadía el suyo, y Clara sintió una irritación primaria, casi animal, que le recorrió la espalda. Pensó, con crueldad silenciosa, que algunas personas deberían comprar dos billetes en lugar de uno, y luego se reprochó el pensamiento solo durante un segundo antes de rendirse a él. No estaba en disposición de ser magnánima.

Las tres horas de vuelo se estiraron como una condena lenta. El aire seco le irritaba los ojos; la luz artificial nunca terminaba de apagarse del todo; el murmullo constante de la cabina era una vibración persistente que parecía sincronizarse con su propio desasosiego. Clara comenzó a notar cómo la irritación se transformaba en algo más profundo, más oscuro: una sensación de estar com-

pletamente desajustada respecto al mundo, como si todos los demás estuvieran participando en una normalidad de la que ella había sido expulsada.

Al final, derrotada más por el agotamiento que por la resignación, buscó en su bolso el pequeño frasco que llevaba para emergencias. Se colocó un antifaz negro para burlar las luces y tragó los barbitúricos con un sorbo de agua tibia. No buscaba descanso; buscaba desconexión. A medida que el efecto comenzaba a entumecerle los pensamientos, el ruido de los niños, el olor persistente, la presión del cuerpo vecino y el zumbido del avión se fueron alejando como si descendieran por un túnel largo y oscuro.

Antes de quedarse lo suficientemente aturdida para soportar el trayecto, una idea cruzó su mente con una claridad inesperada: no estaba viajando hacia un refugio, sino hacia un límite. Y cuando el límite se alcanza, siempre ocurre algo. La cuestión era si lo que ocurriría en Escocia la salvaría… o terminaría de romper lo que aún quedaba intacto dentro de ella.

El avión aterrizó con una sacudida seca que la devolvió a la conciencia espesa de los sedantes. Durante unos segundos no supo dónde estaba; después recordó: Escocia. El exilio voluntario que no había elegido. Recogió su equipaje con movimientos torpes, aún con la boca pastosa, y atravesó la terminal esperando encontrar algún cartel con su nombre o una figura que levantara la mano en señal de reconocimiento. No había nadie. Solo viajeros que se dispersaban con eficacia silenciosa, como si cada uno supiera exactamente a dónde pertenecía.

Ya le habían advertido que nadie la recibiría. Las instrucciones estaban cuidadosamente detalladas en un bloc de notas que la editora le había entregado: metro hasta la estación central, tren de cercanías hacia el norte, apeadero sin personal. Todo funcional. Todo impersonal. A Clara le molestó esa ausencia de ceremonia; después de todo, no era una autora cualquiera. Sin embargo, allí no era nadie. Solo una mujer más con abrigo inadecuado y mirada cansada.

Al salir del aeropuerto, el clima le dio la bienvenida sin cortesía. El frío no fue progresivo, fue una bofetada húmeda que le golpeó la cara y se coló por las mangas del abrigo. Venía de un país cálido donde incluso el invierno conserva cierta indulgencia; aquello era otra cosa. El aire parecía tener peso, como si cada bocanada estuviera cargada de agua invisible. Sintió cómo el frío le trepaba por los tobillos y se instalaba en la espalda, sumándose a todo lo demás como una gota más en un vaso que llevaba semanas a punto de desbordarse.

Su inglés, siempre suficiente para entrevistas pactadas y cócteles literarios, se volvió torpe en el territorio real. Cuando preguntaba por el metro, las respuestas llegaban rápidas, envueltas en acentos cerrados que desdibujaban las

palabras hasta volverlas casi ininteligibles. Percibía miradas breves, evaluadoras, como si fuera una pieza ligeramente fuera de lugar en un engranaje perfectamente engrasado. Entre frases mal construidas y una mímica que rozaba el ridículo, logró orientarse. Se sintió extranjera no solo en el idioma, sino en la temperatura, en los gestos contenidos, en la distancia física que todos respetaban con escrupulosa disciplina.

La estación de tren de cercanías no era caótica ni ruidosa como las que conocía. No había vendedores ambulantes, ni voces superpuestas anunciando destinos, ni empujones. Las personas aguardaban en silencio, bien abrigadas, absortas en sus propios pensamientos o en la pantalla de sus dispositivos, sin rozarse siquiera. Educados. Correctos. Fríos como el clima. Clara, con el cabello ya ligeramente apelmazado por una llovizna persistente que parecía mezclarse con la contaminación urbana, sentía que cada minuto de espera la alejaba un poco más de todo lo familiar.

Le habían advertido sobre el clima escocés, pero ninguna advertencia prepara para la humedad que se instala en los huesos. Tiritando, buscó refugio en una pequeña cafetería dentro de la estación. El camarero la recibió con una cortesía impecable, casi ceremonial, y le preguntó qué deseaba con una sonrisa profesional que no lograba ocultar la curiosidad. Clara respondió con un “Un café, por favor” que sonó más desesperado de lo que pretendía. El hombre comprendió al instante que estaba ante una extranjera desubicada; no por el acento, sino por la forma en que miraba alrededor, como si todo fuera provisional.

El café resultó ser una decepción líquida. Nada de espresso denso, nada de crema aromática; aquello sabía a agua oscura, como si hubiera sido filtrado a través de un calcetín cansado. Aguachirri tibio, caro y sin carácter. Pagó, dejó la propina obligada por inercia social y salió de nuevo al andén con una sensación añadida de injusticia trivial que, sin embargo, amplificaba su malestar general.

El tren llegó puntual, casi sin ruido. Subió con su maleta y buscó asiento junto a la ventana empañada. Según las instrucciones, el trayecto duraría apenas unos minutos, pero debía estar atenta: la parada no era comercial, no figuraba como destino habitual y solo se detenía si alguien solicitaba el apeadero pulsando un botón. Un gesto mínimo para descender en medio de la nada.

Mientras el tren avanzaba, la ciudad fue diluyéndose en una sucesión de edificios bajos, luego en campos abiertos, luego en una extensión gris verdosa que parecía no terminar nunca. La lluvia fina continuaba golpeando el cristal con persistencia paciente. Clara sostuvo el bloc de notas en las manos y leyó

una vez más la indicación subrayada: “No olvides pulsar el botón con antelación”.

Le inquietó la idea de que, si se distraía, el tren simplemente seguiría de largo, dejándola avanzar hacia un destino que no era el suyo. Pensó que aquello se parecía demasiado a su vida reciente: si no reaccionaba a tiempo, alguien más decidiría por ella dónde debía detenerse.

El paisaje se volvió más desolado. No había casas visibles, ni luces, ni señales claras de presencia humana. Solo campos húmedos y una línea de árboles oscuros recortándose contra un cielo plomizo. Clara sintió un leve vértigo, no por el movimiento del tren, sino por la certeza creciente de que estaba entrando en un espacio donde nadie la encontraría fácilmente.

Y entonces, cuando el vagón quedó casi vacío y el silencio empezó a pesar más que el traqueteo, extendió la mano hacia el pequeño pulsador rojo junto a la ventana.

Lo presionó.

El sonido seco del mecanismo activándose fue sorprendentemente definitivo.

El tren se detuvo con un chirrido metálico que pareció prolongarse más de lo necesario, como si incluso la maquinaria dudara de aquel punto perdido en medio de la nada. Clara se levantó con la sensación de que, si no reaccionaba de inmediato, el vagón volvería a ponerse en marcha y la arrastraría lejos de su destino. Al asomarse a la puerta abierta comprendió el primer obstáculo: el andén no estaba nivelado con el peldaño. Había una distancia incómoda, un desnivel torpe que exigía decisión. No era un descenso elegante; era un salto.

El silbido breve y seco de la locomotora sonó como una advertencia impaciente. Clara apretó los dientes, sujetó el bolso contra el pecho y saltó. Sus zapatos impactaron contra el suelo húmedo con un golpe torpe que le recorrió las rodillas. Apenas tuvo tiempo de recuperar el equilibrio cuando recordó la maleta. Con un esfuerzo brusco, casi desesperado, la bajó del vagón justo antes de que las puertas comenzaran a cerrarse. El tren se alejó con rapidez, llevándose consigo la última sensación de civilización, y en cuestión de segundos solo quedó el sonido del viento y el traqueteo menguante que se perdía en la oscuridad.

El paisaje que se desplegó ante ella era desolador. No había casas visibles, ni farolas alineadas, ni señales acogedoras. El apeadero consistía en una estructura modesta, más cercana a la precariedad que al encanto rural: un habitá-

culo rectangular que hacía las veces de hall, iluminado por una bombilla amarillenta que parecía debatirse entre vivir o rendirse. Las paredes estaban cubiertas de carteles publicitarios descoloridos y horarios de trenes que nadie parecía consultar. Todo transmitía una sensación de abandono funcional, como si aquel lugar existiera únicamente por inercia.

Un ruido la sobresaltó de inmediato. Un golpe irregular, insistente. Tardó un segundo en identificarlo: una ventana mal encajada que el viento sacudía con violencia intermitente. Cada embestida del aire hacía vibrar el cristal en su marco, produciendo un lamento agudo que resonaba en el pequeño espacio como una queja persistente. Ya era completamente de noche. La lluvia, fina pero obstinada, se filtraba en diagonal bajo el techo incompleto del andén y le calaba el anorak con una eficacia cruel.

Solo entonces tomó conciencia real del error. Su abrigo ligero, de esos con capucha más estética que funcional, era insuficiente para aquel clima. Mejor hubiera traído un plumas grueso, un paraguas sólido, algo que le permitiera enfrentarse al entorno con dignidad térmica. Mientras el agua fría comenzaba a colarse por el cuello y a pegarle el cabello a la frente, se maldijo a sí misma con una intensidad que apenas disimulaba la angustia: por su imprevisión, por haber aceptado el viaje, por haber tolerado durante años a un marido que ahora la chantajeaba, por una editora que la enviaba a kilómetros de distancia como si se tratara de una pieza defectuosa que había que aislar hasta que volviera a funcionar.

Arrastró la maleta hasta el interior del hall del apeadero y se refugió bajo la luz mortecina. El viento seguía sacudiendo la ventana, produciendo un sonido irregular que, en el silencio circundante, adquiría una presencia casi viva. Sacó el bloc de notas con manos entumecidas y repasó las instrucciones: al salir del apeadero, todo recto durante un par de kilómetros. Dos kilómetros que, en condiciones normales, podrían parecer insignificantes; bajo aquella lluvia insistente y ese frío que parecía infiltrarse en los huesos, se transformaban en una travesía intimidante.

Se asomó al exterior. La oscuridad era compacta, apenas quebrada por la línea difusa del camino que se perdía entre campos invisibles. No había farolas que marcaran la ruta. No había coches, ni señales, ni el más mínimo indicio de movimiento humano. Solo la lluvia golpeando el suelo y el viento que parecía recorrer la llanura sin encontrar resistencia.

El tiempo apremiaba en un sentido abstracto, pero allí no había relojes que lo confirmaran. Clara sintió por primera vez una duda real, no literaria, no estética. Dudó de su capacidad para cruzar aquella distancia sola. Dudó de la decisión que la había llevado hasta allí. El aislamiento que en el despacho de la

editora había sonado estratégico ahora se materializaba como una soledad tangible, pesada.

Se abrazó a sí misma por instinto, intentando conservar algo de calor, y permaneció inmóvil en el umbral del apeadero, incapaz de decidir si dar el primer paso hacia la mansión o esperar un poco más, como si el simple retraso pudiera cambiar la naturaleza de lo que la aguardaba al final del camino.

Y mientras dudaba, el viento volvió a golpear la ventana con una fuerza que hizo temblar el cristal, como si el lugar entero estuviera impaciente por verla marchar.

Por fin, venciendo la inercia del miedo y del frío, Clara activó la linterna de su celular. Sabía que no habría cobertura en aquel lugar, pero al menos la luz blanca y estrecha le ofrecía una ilusión de control. Ese pequeño haz luminoso era lo único que la separaba de una oscuridad compacta, casi física. Salió por la parte trasera del apeadero, siguiendo las instrucciones al pie de la letra, y pronto la claridad artificial reveló el inicio de una vereda flanqueada por árboles altos y desgarbados.

El viento los agitaba con violencia, haciendo que las ramas se inclinaran y golpearan entre sí con un chasquido seco, imprevisible. En más de una ocasión, una rama descendía lo suficiente como para obligarla a agacharse por instinto, temiendo que el siguiente golpe fuera directo a su cabeza. El suelo, irregular y húmedo, absorbía parte del ruido de sus pasos, pero no el suficiente como para acallar la sensación de que cada pisada quedaba registrada en el silencio del entorno.

A medida que avanzaba, el frío parecía intensificarse. No era solo la temperatura; era la humedad que trepaba por las piernas y se instalaba en la espalda, la lluvia fina que seguía cayendo con una persistencia casi deliberada. El anorak ya no protegía nada. Clara sentía cómo el agua se filtraba hasta la ropa interior, pegándose a la piel como un recordatorio constante de su vulnerabilidad. Maldijo en voz baja su imprudencia, su ligereza al hacer la maleta, y, por extensión, todo lo que la había conducido hasta ese camino solitario.

Al final de la vereda, entre la oscilación de los árboles y la negrura del paisaje, comenzó a dibujarse una silueta. Primero fue apenas una masa más oscura que el cielo, luego contornos definidos: tejados angulosos, chimeneas, ventanales altos como ojos ciegos. La mansión emergía con una majestuosidad sombría, imponente incluso en la penumbra. No había una sola luz encendida. Ningún indicio visible de presencia humana. Podría estar habitada por una familia discreta… o por algo que no necesitara electricidad para existir.

El pensamiento la atravesó con una frialdad distinta a la del clima. Fantasmas, había dicho la editora con sarcasmo. Clara se sorprendió imaginando no figuras etéreas, sino algo más tangible: ratas en los pasillos, alimañas escondidas entre las paredes, el eco de una casa demasiado grande para una sola persona.

La verja apareció ante ella como un límite formal, una gran estructura de hierro oxidado que parecía haber resistido décadas de intemperie. La empujó con ambas manos, y el metal respondió con un chirrido desgarrador que rasgó el aire con una violencia casi ofensiva. El sonido se prolongó más de lo que parecía posible, expandiéndose por el terreno como una señal involuntaria de su llegada. Durante un segundo, Clara tuvo la absurda sensación de que había anunciado su presencia a algo que aguardaba.

Logró abrir el espacio justo para colarse con la maleta. Al cerrarse, la verja volvió a emitir un gemido metálico, más bajo pero igual de inquietante. El camino de gravilla que conducía hasta la mansión amplificaba cada uno de sus pasos. El crujido repetitivo bajo sus suelas generaba un eco irregular que, combinado con el viento, parecía desdoblarse. En más de una ocasión se detuvo bruscamente, convencida de que alguien caminaba detrás de ella. Pero al girarse, solo encontró la oscuridad, el vaivén de los árboles y la lluvia suspendida en el haz estrecho de su linterna.

El conjunto resultaba casi cinematográfico, digno de un filme de terror que ella misma habría despreciado por obvio en otra etapa de su vida. Ahora, sin embargo, no había distancia crítica posible. El escenario no era una construcción literaria; era el suelo húmedo bajo sus pies, el peso real de la maleta en su mano, el latido acelerado en su garganta.

Finalmente, llegó a la escalinata de piedra que conducía al portalón principal. Las losas estaban resbaladizas, cubiertas por una pátina verdosa que brillaba bajo la luz del celular. Alzó la vista hacia la puerta de dos hojas, alta y sólida, coronada por un arco que le otorgaba un aire casi ceremonial. Era una entrada diseñada para impresionar o intimidar, quizá ambas cosas.

“Tercera maceta a la izquierda”, se dijo, recordando con precisión la instrucción subrayada. El detalle práctico, casi doméstico, contrastaba con la solemnidad del conjunto. Subió los escalones con cautela, contando mentalmente, y se inclinó ante la tercera maceta. Introdujo la mano bajo la base fría y húmeda, sintiendo la tierra compacta y la cerámica áspera.

Sus dedos rozaron algo metálico.

La llave estaba allí.

Por un instante, antes de sacarla, Clara permaneció inmóvil. La lluvia golpeaba suavemente la piedra. El viento recorría las cornisas con un silbido irregular. La mansión se alzaba ante ella, muda, sin una sola luz que delatara vida en su interior.

Sostuvo la llave en la palma, pesada, real.

Y comprendió que, al girarla en la cerradura, no solo estaría abriendo una puerta. Estaría cruzando definitivamente el umbral de algo que ya no podría deshacer.

Cuando introdujo la llave y el portalón cedió con un suspiro grave, el contraste fue tan abrupto que Clara tardó unos segundos en comprenderlo. El interior no era una ruina húmeda ni un cascarón vacío. Era otra cosa. Una amplitud cálida y cuidadosamente preparada la recibió como si alguien hubiese encendido la escena minutos antes de su llegada.

El vestíbulo se elevaba en doble altura, coronado por una lámpara de araña de cristal tallado que descomponía la luz en destellos suaves sobre las paredes revestidas de madera noble. El suelo, cubierto por una alfombra persa de tonos profundos —burdeos, azul oscuro, oro envejecido— amortiguaba el eco de sus pasos con una elegancia silenciosa. A ambos lados, escaleras curvas ascendían hacia la planta superior con una simetría casi teatral, y en las paredes colgaban retratos antiguos, marcos dorados que encerraban rostros severos de otra época. No eran cuadros descuidados por el tiempo; estaban impecablemente conservados, como si alguien los hubiera limpiado con esmero esa misma mañana.

El aire era templado, casi acogedor. Los radiadores de hierro fundido emitían un calor constante que se expandía por el espacio con una suavidad envolvente. Después del frío que la había calado hasta los huesos, aquella temperatura le pareció un oasis en medio del desierto. Se quitó la capucha empapada y notó cómo el vapor tenue comenzaba a desprenderse de su ropa húmeda. El contraste era tan reconfortante que por un momento olvidó el camino, la verja, el viento.

Avanzó con cautela hacia el salón principal y quedó, literalmente, con la boca entreabierta. La estancia combinaba la sobriedad de la arquitectura antigua con comodidades modernas integradas sin estridencia. Sofás amplios tapizados en terciopelo oscuro rodeaban una chimenea monumental donde ardía un fuego ya encendido, perfectamente contenido tras una rejilla de hierro forjado. Sobre una mesa baja de madera maciza descansaban libros encuadernados en piel, una selección que parecía pensada para halagar su ego: clásicos universales, primeras ediciones, nombres que cualquier escritora respetaría.

Las ventanas, altas y alargadas, estaban vestidas con cortinas gruesas de lino pesado que aislaban la humedad exterior. Al apartar ligeramente una de ellas, Clara comprobó que el vidrio era doble y grueso, moderno, casi insonorizado. Afuera, la lluvia seguía cayendo; dentro, reinaba una calma artificialmente perfecta.

La cocina, lejos de ser una estancia secundaria, era amplia y luminosa, equipada con electrodomésticos de última generación discretamente integrados en muebles de roble claro. La nevera de gran tamaño estaba repleta de productos frescos: quesos artesanales, carnes envasadas al vacío, verduras cuidadosamente seleccionadas. El arcón congelador guardaba provisiones suficientes para semanas. En una vinoteca climatizada reposaban botellas de añadas antiguas, etiquetadas con precisión, algunas tan viejas como la propia mansión. Todo organizado con una meticulosidad casi obsesiva.

Recorrió los pasillos y descubrió varios dormitorios, cada uno con su propio baño revestido en mármol claro, grifería cromada reluciente y toallas gruesas perfectamente dobladas. Había tantos cuartos de baño que podría usar uno distinto cada día sin necesidad de limpiar el anterior. La abundancia no era ostentosa; era estratégica. Pensada para que no tuviera que preocuparse por nada.

Y entonces llegó al estudio.

La estancia estaba ubicada en una esquina de la casa, con una ventana que daba a la campiña oscura. Allí no había ordenador sobre el escritorio de madera maciza. No había conexión visible a internet. Solo una máquina de escribir manual, negra, sólida, con las teclas brillantes como si alguien las hubiese pulido recientemente. A su lado, un paquete perfectamente alineado de papel blanco, hojas de calco, sobres, cintas de tinta nuevas. Todo dispuesto con una intención casi ceremonial.

Clara sintió una mezcla de fascinación y resistencia. Aquella máquina representaba una ruptura con su método habitual, con la pantalla luminosa y la posibilidad de borrar sin dejar rastro. En una máquina así, cada error queda marcado. Cada palabra exige decisión.

Abrió, casi por impulso nervioso, el pequeño armario secreter que acompañaba el escritorio.

Y se quedó inmóvil.

Allí, perfectamente ordenados, había un par de cartones de tabaco. Suficientes para varios días, quizá semanas. Clara no recordaba haber mencionado a

la editora que, en periodos de tensión, fumaba más de lo habitual. No era un hábito que exhibiera públicamente. Sin embargo, ahí estaban. Preparados.

Una inquietud leve, casi imperceptible, se deslizó por su espalda. Estaba todo pensado al milímetro. Calefacción. Comida. Vino. Papel. Tinta. Tabaco. Aislamiento absoluto.

Cerró el armario despacio y apoyó las manos sobre el escritorio. La mansión era un refugio perfecto, diseñado para que no existiera excusa posible. Ninguna distracción. Ninguna carencia. Ningún elemento externo al que culpar.

La pregunta empezó a formarse en su interior con una claridad incómoda: si, aun así, no lograba escribir… ¿qué quedaría?

Miró la máquina de escribir, negra, silenciosa, esperándola.

¿Sería suficiente aquel oasis para que regresaran las musas?

O tal vez —pensó mientras el viento golpeaba levemente los ventanales— las musas no eran lo único que habitaba aquella casa.

El cansancio no fue gradual; fue un derrumbe. Cuando cerró la puerta del dormitorio principal y comprobó que el pestillo encajaba con firmeza, sintió cómo todo el peso acumulado durante el viaje le caía encima de golpe. No tenía energía para analizar la casa ni para sospechar de su perfección. Necesitaba calor, agua y silencio.

El baño era casi obsceno en su amplitud. Mármol claro en suelos y paredes, una bañera exenta de porcelana blanca lo suficientemente grande como para que dos personas se sumergieran sin rozarse, grifería cromada que reflejaba la luz cálida con destellos suaves. Abrió el grifo y el agua comenzó a llenar la estancia con un vapor denso y reconfortante. Añadió espuma sin escatimar, observando cómo las burbujas crecían hasta formar una capa blanca que ocultaba la profundidad.

Se desnudó sin ceremonia y se dejó caer dentro. El calor la envolvió con una suavidad casi maternal, relajando músculos que ni siquiera sabía que estaban tensos. Durante largos minutos no pensó en el contrato, ni en su exmarido, ni en la editora, ni en el viento golpeando los cristales. Solo cerró los ojos y dejó que el agua hiciera su trabajo. El frío abandonó su cuerpo poco a poco, como una marea que retrocede.

Después del baño, recorrió un pasillo hasta el vestidor y volvió a sorprenderse. Aquella habitación era más grande que el salón de su propia casa. Arma-

rios abiertos exhibían prendas organizadas por tipo y color, como si alguien hubiera anticipado cada posible necesidad. Eligió un pijama de seda de tono marfil, tan ligero que apenas se percibía sobre la piel, y se calzó unas babuchas bordadas que parecían sacadas del guardarropa de un marajá. El contraste con la mujer empapada y malhumorada que había saltado del tren horas antes era casi absurdo.

En la cocina, preparó algo sencillo pero generoso: pan crujiente, queso curado, algo de carne fría, fruta fresca. El hambre era ahora más evidente que la indignación. Abrió el expendedor de vinos y recorrió las etiquetas con una mezcla de curiosidad y pudor. Eligió una botella cuyo precio, imaginado, le provocó una breve vergüenza, como si estuviera profanando una reliquia. El vino, profundo y aterciopelado, descendió por su garganta con una calidez que completó el efecto del baño.

No tardó mucho en rendirse. El sueño la reclamaba con una autoridad imposible de discutir.

La cama principal era una exageración deliciosa: amplia, sólida, vestida con sábanas de seda que se deslizaban sobre la piel como agua templada. Las mantas de lana virgen añadían un peso reconfortante, justo el necesario para que el cuerpo se sintiera protegido sin quedar atrapado. La almohada de plumas se adaptó a la forma de su cabeza con una precisión casi terapéutica, y el edredón noruego, grueso y perfecto, selló el conjunto como una promesa de descanso absoluto.

Clara se acomodó, sintiendo por primera vez en semanas algo parecido a la gloria doméstica. Afuera, el viento seguía soplando, pero apenas era un murmullo distante tras el aislamiento de los cristales. Dentro, la temperatura era constante, el aire limpio, el silencio ordenado.

Morfeo no tardó en encontrarla. La envolvió con rapidez, sin resistencia, y sus pensamientos comenzaron a diluirse como tinta en agua.

El último que logró formular, antes de que el sueño la reclamara por completo, fue casi una sonrisa interna: si había un fantasma en aquella casa, antes de que ella se marchara… se marcharía él. No estaba dispuesta a perder esos días de lujo impecable por supersticiones. Bastante había perdido ya.

Y con esa convicción ligera, casi desafiante, se dejó caer en la oscuridad profunda del descanso, ignorando que algunas casas no necesitan fantasmas visibles para empezar a influir en quienes duermen bajo su techo.

Los primeros días en la mansión no fueron de inspiración súbita ni de arrebatos creativos. Fueron de inercia. Clara se levantaba tarde, desayunaba sin hambre real y se instalaba frente a los ventanales del salón con una copa de vino demasiado temprano para cualquier estándar razonable. Afuera, el paisaje era una sucesión interminable de gris: cielo plomizo, lluvia fina que nunca terminaba de convertirse en tormenta, árboles inclinados por un viento persistente que parecía no descansar jamás. El mal tiempo no era dramático; era constante. Y esa constancia resultaba más agotadora que cualquier tempestad.

Había llegado convencida de que el aislamiento sería fértil. Sin embargo, el exceso de comodidad empezó a volverse un enemigo silencioso. Demasiado lujo. Demasiada comida perfectamente dispuesta. Demasiadas botellas esperando ser abiertas. La calefacción mantenía la temperatura ideal; la chimenea ardía con obediencia; las sábanas estaban siempre impecables. Nada exigía esfuerzo. Nada incomodaba. Y en esa ausencia de fricción, la mente se adormecía.

El estudio, que al principio le había parecido un santuario, empezó a adquirir un aire de acusación muda. La máquina de escribir descansaba sobre el escritorio como un animal paciente, esperando que alguien decidiera domarlo. Clara se sentaba frente a ella, introducía una hoja con gesto decidido, golpeaba unas pocas teclas… y al cabo de minutos arrancaba el papel con un tirón seco. La papelera, situada a su derecha, comenzó a llenarse de bolas blancas arrugadas, pequeños testimonios del fracaso acumulado. Cada crujido de papel al caer era una derrota mínima.

Intentó convencerse de que necesitaba tiempo. Que el cuerpo debía adaptarse al entorno. Que el silencio, tan absoluto, requería un periodo de aclimatación. Pero los días transcurrían con una lentitud viscosa. Sin televisión, sin radio, sin cobertura de celular, la mansión se convertía en un universo cerrado donde el tiempo parecía diluirse. Las horas no estaban marcadas por noticias ni llamadas, sino por la repetición de rituales: café, vino, paseo breve por el pasillo, intento fallido de escribir, nueva copa.

A veces, mientras observaba la lluvia deslizarse por el cristal, pensaba en el Edén. En ese paraíso donde no faltaba nada. Donde la abundancia absoluta, lejos de estimular, terminaba por anestesiar. Allí dentro lo tenía todo: confort, provisiones, silencio, un escenario literariamente perfecto. Y, sin embargo, la desidia se imponía. La pereza, esa forma sofisticada del miedo, la envolvía con una suavidad traicionera.

Se descubrió fumando más de lo habitual. El humo ascendía en espirales lentas hacia el techo alto del estudio, formando figuras efímeras que se desvanecían antes de adquirir forma. El tabaco, dispuesto estratégicamente en el se-

creter, parecía un recordatorio constante de que no había excusas. Ni siquiera el síndrome de abstinencia podía servirle de coartada.

En alguna ocasión se obligó a recorrer la casa con intención casi inspectora, abriendo puertas, comprobando ventanas, contando habitaciones como si buscara algo que justificara su inquietud. Pero todo permanecía en orden. La calefacción funcionaba. La despensa seguía repleta. El vino disminuía, eso sí, con una regularidad que prefería no calcular.

Al anochecer, la sensación de encierro se hacía más evidente. El viento golpeaba los cristales con una persistencia que ya formaba parte del paisaje sonoro habitual. No era un ruido amenazante; era un fondo constante, como una respiración amplia que envolvía la casa. Clara se decía que necesitaba disciplina. Que debía levantarse temprano al día siguiente y escribir, aunque fuera mediocre, aunque fuera forzado.

Pero cada mañana repetía el mismo ciclo.

La papelera seguía llenándose.

Y la máquina de escribir, intacta, parecía observarla con una paciencia cada vez más incómoda.

Había un lugar que, por razones que no terminaba de explicarse, había evitado desde su llegada: el desván. Tal vez porque el resto de la casa ofrecía suficiente lujo como para no necesitar rincones polvorientos. Tal vez porque, en el fondo, intuía que los espacios altos y olvidados siempre guardan algo más que objetos viejos.

Aquella mañana —si es que podía llamarse mañana a esa luz gris que nunca terminaba de imponerse— el aburrimiento pesaba más que la pereza. Con una copa a medio terminar aún en la mano, decidió que explorar era mejor que contemplar la lluvia por décima vez consecutiva.

La escalera de caracol que conducía al desván era de metal oscuro, estrecha y ligeramente inclinada. Cada paso producía un crujido seco que resonaba hacia abajo con un eco hueco, como si la estructura protestara por ser utilizada después de años de abandono. Clara sintió un vértigo inmediato al mirar hacia el centro del espiral; no supo si era la altura o el vino temprano que aún circulaba por su sangre. Se aferró al pasamanos frío y continuó ascendiendo, impulsada por una mezcla de curiosidad y necesidad de romper la monotonía.

Al final de la escalera, una puerta antigua la aguardaba. La madera, oscurecida por el tiempo, estaba marcada por pequeñas grietas que hablaban de inviernos húmedos y veranos olvidados. La manilla, de hierro ennegrecido, pare-

cía observarla con paciencia. Era la clase de puerta que no se abre sin consecuencias, pensó fugazmente… y sonrió ante su propia dramatización.

Giró la manilla.

La puerta cedió con un crujido prolongado, una queja profunda que se deslizó por el espacio como un suspiro acumulado durante décadas. El aire del interior tenía un olor distinto al resto de la casa: polvo, madera vieja, tela almacenada demasiado tiempo.

La estancia era amplia y diáfana. No había compartimentaciones elegantes ni alfombras amortiguando el sonido. Solo vigas vistas, inclinadas bajo el tejado, y una sensación de altura contenida. Las telarañas eran las auténticas moradoras del lugar, extendiéndose entre objetos olvidados como delicados puentes plateados. En el extremo opuesto, una claraboya permitía la entrada de una luz tenue; el cristal estaba tan sucio que filtraba el día en un tono gris lechoso, suficiente para orientarse sin riesgo de tropezar.

Había trastos de varias generaciones acumulados sin orden aparente: sillas cojas, marcos sin lienzo, cajas de sombreros, maletas antiguas, una bicicleta oxidada apoyada contra la pared. Clara avanzó con una excitación inesperada, como una niña en una heladería después de semanas de dieta. El desván tenía algo que el resto de la casa no ofrecía: imperfección. Historia no catalogada. Posibilidad.

Apartaba objetos, levantaba tapas, abría cajas sin método, disfrutando del simple gesto de descubrir. Por primera vez desde su llegada, no se sentía vigilada por la máquina de escribir ni acusada por el silencio perfecto del salón.

Y entonces lo vio.

Un baúl grande, robusto, de madera oscura reforzada con herrajes de latón ya opacos. Estaba ligeramente apartado del resto, como si alguien lo hubiera colocado allí con intención. Lo que más llamó su atención no fue el tamaño, sino la superficie exterior: estaba plagado de pegatinas antiguas, etiquetas de hoteles, sellos de aduanas de países lejanos. París. Viena. Buenos Aires. Nueva York. Ciudades que evocaban tránsito, historias, viajes.

Aquel baúl no era un simple trasto olvidado. Había recorrido mundo.

Clara se acercó con una curiosidad casi reverencial. Pasó la mano por una de las pegatinas medio desprendidas y notó el relieve del papel envejecido bajo sus dedos. Imaginó a algún propietario anterior viajando con él, cruzando océanos, guardando dentro cartas, ropa, secretos.

Se arrodilló frente al baúl.

El cierre parecía antiguo pero funcional. No estaba cubierto de polvo en exceso, detalle que no registró conscientemente, aunque su mente lo anotó en algún rincón. Sujetó el pestillo con cuidado, sintiendo el frío del metal.

Durante un segundo dudó.

El desván estaba en silencio. Solo el leve golpeteo de la lluvia sobre el tejado y el silbido lejano del viento acompañaban el momento.

Luego levantó el cierre.

El sonido metálico fue breve. Definitivo.

Y el interior del baúl, aún oculto en la penumbra grisácea, esperaba ser revelado.

Al levantar la tapa del baúl, el aire atrapado durante décadas escapó en una bocanada densa. Un olor a papel húmedo y tela envejecida le invadió las fosas nasales con violencia inesperada. Clara estornudó, apartando la cabeza con gesto de desagrado, y tuvo que contener una arcada leve antes de recomponerse. Durante un instante estuvo tentada de cerrar la tapa y olvidar el asunto. Pero la curiosidad, esa fuerza más poderosa que el asco, la obligó a inclinarse de nuevo.

El interior estaba repleto de objetos cuidadosamente amontonados: cuadernos escolares con tapas gastadas, juguetes de madera astillada, pequeñas muñecas de porcelana con la pintura saltada en las mejillas, sobres atados con cintas ya quebradizas. Entre todo ello, varias fotografías de tono sepia asomaban como fragmentos congelados de otro siglo.

Las imágenes mostraban siempre la misma composición básica: una familia de cuatro miembros posando con una rigidez ceremoniosa. Dos niñas pequeñas con tirabuzones perfectos y vestidos de encaje, un padre serio, enchaquetado, con mostacho espeso y mirada fija, y una madre de porte severo, encorsetada en un vestido propio del siglo XIX. En segundo plano, la mansión. Siempre la mansión. A veces desde el jardín frontal, otras desde un lateral con arboleda, otras ante un carruaje. Variaciones mínimas sobre el mismo núcleo familiar.

Clara observó los detalles con interés creciente. Las fotografías estaban bien conservadas para su antigüedad. Detrás de varias de ellas, escrito con tinta casi desvanecida, aparecía la anotación: “Familia Ross”. Las fechas oscila-

ban entre 1850 y 1860, acompañadas del sello de diferentes estudios fotográficos. Eran las típicas instantáneas de familias acomodadas británicas viajando y documentando su estatus.

Apartó las fotos y tomó uno de los cuadernos. En la primera página, con caligrafía infantil pero aplicada, se leía el nombre: Veronica Ross. En otro, Ofelia Ross. Las páginas contenían ejercicios escolares, dibujos simples de flores y casas, redacciones breves sin especial relevancia. Nada extraordinario. Nada inquietante.

Todo parecía… normal.

Demasiado normal.

Fue al hojear uno de los libros más gruesos cuando algo cayó entre las páginas y se deslizó hasta el suelo. Clara lo recogió casi sin mirar… y se quedó inmóvil.

Era otra fotografía.

En ella aparecía la misma familia. El padre, la madre, las dos niñas. Pero había una tercera niña.

No encajaba.

Su posición era ligeramente lateral, como si la hubieran incorporado a la escena a última hora. Su vestido era similar, pero no idéntico. Lo que más inquietaba no era la vestimenta, sino el rostro. Su semblante estaba ausente, carente de expresión. Los ojos cerrados. La piel más blanquecina que la del resto, con una tonalidad cerosa que contrastaba incluso en la limitada gama sepia. Su postura resultaba rígida, forzada, sostenida.

Clara tardó unos segundos en comprender lo que estaba viendo.

No era una niña distraída.

Era un cadáver.

Recordó vagamente que en el siglo XIX era común la fotografía post-mortem, retratos familiares junto a seres queridos recién fallecidos como forma de preservar su imagen. Algo que en su época resultaba impensable y casi obsceno. Sin embargo, incluso con ese contexto histórico en mente, algo no cuadraba.

¿Por qué aquella niña no aparecía en las otras fotografías?
¿Por qué su incorporación parecía improvisada?
¿Por qué la familia mantenía exactamente la misma rigidez en presencia del cuerpo?

Había algo en la composición que le resultaba incómodo. No era el hecho de la muerte en sí. Era la sensación de que aquella niña no pertenecía del todo a la escena. Como si hubiera sido colocada. Como si el encuadre la tolerara, pero no la integrara.

Clara sostuvo la imagen frente a la claraboya, buscando más detalle en la luz opaca. El papel estaba ligeramente más deteriorado que las demás fotos. ¿Había sido manipulada? ¿Añadida después?

Un pensamiento la atravesó con una claridad inesperada: aquella niña no figuraba en los cuadernos. Solo Veronica y Ofelia.

La tercera no tenía nombre.

Un leve escalofrío le recorrió la espalda, aunque el desván no estaba especialmente frío comparado con el exterior. No era miedo aún. Era intriga. Pura y afilada.

Guardó la fotografía aparte, con la intención de examinarla con más detenimiento abajo, bajo una luz más estable. El resto de objetos volvieron al baúl con menor interés. Ahora solo existía esa imagen.

Mientras descendía por la escalera de caracol, la foto en la mano, no pudo evitar una pregunta insistente:

Si la niña no pertenecía a la familia…
¿qué hacía allí?

Y, más inquietante aún,

¿por qué alguien había escondido esa imagen entre las páginas de un libro, como si no quisiera que fuera encontrada?

Desde el hallazgo del baúl, algo se desajustó en su interior. La tercera niña dejó de ser una curiosidad histórica para convertirse en una presencia mental constante. No había rincón de la casa que no evocara su imagen. Cualquier sombra proyectada por la chimenea adquiría la forma de una silueta pequeña. El crujido natural de la madera vieja al contraerse por el calor se transformaba en pasos ligeros. El viento en los corredores parecía un suspiro contenido.

Clara sabía que su mente estaba trabajando con el material encontrado, pero la racionalización no disminuía el efecto. La niña aparecía incluso en sueños, siempre con los ojos cerrados, siempre en esa postura rígida y forzada. No gritaba. No se movía. Solo estaba.

Aquella madrugada despertó con el pulso acelerado y la piel húmeda de sudor. No recordaba el sueño con claridad, pero la sensación era nítida: urgencia. Se incorporó en la cama, encendió la lámpara y permaneció unos segundos mirando la oscuridad más allá del dormitorio. El silencio era denso, expectante.

Bajó a la cocina, preparó un café tan cargado que el aroma resultaba casi agresivo, y lo bebió de pie, como si necesitara anclarse al presente. Luego, con una determinación que no había sentido en días, se dirigió al estudio.

Se sentó frente a la máquina de escribir.

Introdujo una hoja con manos firmes.

Y comenzó a teclear.

Las teclas golpeaban el papel con una cadencia intensa, urgente. Las palabras fluían sin pausa, como si hubieran estado acumulándose en un dique invisible y ahora encontraran por fin salida. No corregía. No dudaba. Escribía como si en ello le fuera la vida, como si cada frase fuera una descarga necesaria para mantenerse en pie.

Fue en medio de ese frenesí cuando el sonido llegó.

Un lamento.

No fuerte. No estridente. Pero claramente distinto del viento habitual. Provenía del pasillo que conducía al gran comedor. Era un sonido humano… o lo suficientemente parecido como para que su cuerpo reaccionara antes que su razón.

Las teclas quedaron suspendidas en el aire.

Clara levantó la cabeza lentamente.

El silencio posterior fue aún más inquietante que el lamento. Un vacío repentino, como si los sonidos exteriores —el viento, la lluvia— hubieran sido absorbidos por una campana invisible. La casa quedó suspendida en una quietud antinatural.

Entonces oyó el picaporte.

Un leve giro metálico.

La puerta del estudio, que recordaba haber cerrado, comenzó a abrirse con una lentitud que parecía calculada. El corazón le golpeó con fuerza contra las costillas. Se levantó instintivamente y retrocedió hasta quedar pegada a la pared, los ojos abiertos en una mezcla de incredulidad y terror.

La puerta quedó entreabierta.

Y algo apareció en el umbral.

Era una figura pequeña.

No caminaba.

Se desplazaba.

A unos centímetros del suelo, con una suavidad irreal que negaba cualquier contacto con la madera. Los ojos cerrados. La piel pálida, casi luminosa en la penumbra. El vestido parecía antiguo, desgastado, con pliegues que no respondían al movimiento. No había sangre. No había violencia explícita. Solo una tristeza insoportable en la expresión.

El aire se volvió más frío.

No un frío imaginado, sino un descenso perceptible que erizó la piel de Clara. Su respiración se volvió irregular. Sintió el borde del desmayo aproximarse como una marea.

—Es ella… —pensó con una claridad helada—. La niña de la foto.

La figura avanzó hasta quedar a pocos centímetros. No había sonido de pasos. No había sombra proyectada coherente con la luz. Solo esa presencia suspendida.

Clara temblaba.

Pero la niña no hizo ningún gesto agresivo.

Solo alzó lentamente un brazo.

Y señaló la puerta de salida del estudio.
El gesto no era acusador. Era… insistente.

Como si pidiera algo.

Como si reclamara ser seguida.

El instinto primario le gritaba que huyera, que se encerrara, que negara lo que estaba viendo. Sin embargo, bajo el terror, algo más comenzó a imponerse: curiosidad. Hambre narrativa. Necesidad de comprender.

El miedo era real. Brutal. Físico.

Pero Clara era una mujer racional. Valiente. Había construido su carrera diseccionando lo inexplicable, desmenuzando miedos ajenos con precisión quirúrgica. ¿Por qué no iba a intentar comprender el suyo?

Respiró hondo.

Calculó la situación con frialdad inesperada.

Si aquello era una alucinación, debía enfrentarla.
Si no lo era… necesitaba saber qué quería.

De todo se puede sacar partido, pensó con una lucidez que rozaba la temeridad.

Con cautela, separó la espalda de la pared.

Y dio un paso hacia la puerta.

La figura no retrocedió.

Esperó.

Y Clara, temblando pero decidida, decidió seguirla.

La niña avanzó por el pasillo con ese desplazamiento silencioso, suspendido, sin que el suelo respondiera a su presencia. Al llegar a la escalera principal, se detuvo y volvió el rostro ligeramente hacia Clara, como asegurándose de que la seguía. Luego descendió.

Clara tragó saliva y la obedeció, manteniendo una distancia prudente, cada músculo preparado para retroceder si aquello se tornaba demasiado real. La

madera de los peldaños crujía bajo su peso, pero bajo la figura no sonaba nada.

A mitad de la escalera, la niña se detuvo.

Alzó el brazo.

Señaló la pared lateral.

En un primer momento, Clara no entendió. Solo había pared: revestimiento antiguo, papel desgastado por el tiempo, marcos decorativos. No era lógico. Ella no atravesaba muros. No era una alucinación completa; era demasiado coherente, demasiado dirigida.

Se acercó con cautela.

Pegó la cara a la superficie.

Y lo notó.

Una corriente mínima de aire frío filtrándose por una rendija casi invisible.

Retrocedió un paso y examinó mejor la zona. Sus dedos recorrieron el contorno con paciencia, presionando con suavidad hasta que percibió una ligera irregularidad en el panelado. Un rectángulo sutil, perfectamente camuflado.

Una puerta.

Empujó con cuidado.

El panel cedió con una resistencia leve, como si hubiera sido utilizado antes. La pared se desplazó hacia dentro y reveló una estancia estrecha y alargada que hasta ese momento había permanecido oculta.

El interior estaba en penumbra. Al fondo, una pequeña claraboya redonda permitía la entrada de una luz grisácea que apenas iluminaba el polvo suspendido en el aire. El ambiente era distinto al resto de la casa: más denso, más antiguo.

Clara dio un paso dentro.

El olor la golpeó primero. No era un hedor fresco, sino una mezcla vieja de humedad estancada y algo orgánico que había impregnado la madera durante años. La garganta se le cerró.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la escasa luz, distinguió las paredes.

Estaban marcadas.

Manchas oscuras, irregulares, que el tiempo había desdibujado pero no borrado. Arañazos profundos en la madera, líneas paralelas, insistentes. En el suelo, restos endurecidos que alguna vez pudieron ser comida, esparcidos sin orden. En uno de los muros, argollas de hierro incrustadas, oxidadas pero sólidas.

Clara sintió un vacío en el estómago.

No necesitaba imaginar demasiado para entender lo que aquel espacio sugería. No era un cuarto de juegos. No era un trastero olvidado.

Era una habitación de confinamiento.

La niña avanzó hasta una de las argollas. Con movimientos lentos, se colocó junto a ellas y se dejó caer sentada contra la pared, en la misma postura rígida que Clara había visto en la fotografía. Los ojos seguían cerrados. No había expresión de dolor, solo una tristeza infinita.

El mensaje era inequívoco.

Clara permaneció inmóvil, procesando la escena. El corazón le latía con fuerza, pero su mente, extrañamente, comenzaba a funcionar con claridad analítica. Si aquello era real, era una historia. Si no lo era… también lo era.

La figura se levantó de nuevo y se desplazó hacia una estantería lateral cubierta de objetos antiguos: juguetes de madera, muñecas sin ojos, cajas pequeñas.

Se detuvo frente a un cuaderno.

Lo señaló.

Clara avanzó con cautela, extendió la mano y tomó el cuaderno. El papel estaba amarillento, las esquinas dobladas. No parecía diferente a los que había encontrado en el baúl… pero este estaba allí, oculto en la habitación secreta.

Cuando levantó la vista para mirar a la niña, la figura permanecía inmóvil, expectante.

Esperando que leyera.

Y en el silencio absoluto de aquella estancia oculta, Clara comprendió que ya no estaba siguiendo una aparición por miedo.

La estaba siguiendo por necesidad.

En la primera página, con una caligrafía firme y elegante, escrita en un inglés impecable, se leía:

“Diary of Mrs. Ross.”

Clara sintió un estremecimiento que no provenía del frío. Se sentó en una vieja silla cercana, acercando el cuaderno a la luz que descendía por la claraboya, y comenzó a leer con una avidez que rozaba la desesperación.

Las primeras entradas describían la vida cotidiana de la familia: viajes, recepciones, visitas sociales. Todo impregnado de una formalidad rígida, de una obsesión por el honor y la posición. Pero a medida que avanzaban las páginas, el tono cambiaba.

La señora Ross relataba el nacimiento de una tercera hija tras un parto difícil y prolongado. El médico, según sus palabras, habló de una falta de riego sanguíneo al cerebro durante el alumbramiento. La niña sobrevivió… pero no era “como las otras”. La madre no empleaba términos crueles, pero el dolor se filtraba entre líneas. Hablaba de una criatura que no respondía como se esperaba, que no hablaba, que gritaba sin motivo aparente, que parecía vivir en un mundo propio.

Clara leía con el ceño fruncido.

El diario describía cómo, conforme la niña crecía, los comportamientos se volvían más difíciles. Crisis, autolesiones, gritos nocturnos que alteraban la casa entera. Accidentes constantes. Episodios de agresividad involuntaria. La madre confesaba haber sido atacada en más de una ocasión mientras intentaba contenerla, y narraba, con una mezcla de culpa y resignación, cómo la niña se hacía sus necesidades encima sin control, cómo rompía objetos, cómo la servidumbre comenzaba a murmurar.

Luego aparecía la decisión.

El padre, obsesionado con el buen nombre de la familia, había determinado que la niña debía permanecer apartada. “For her own safety,” escribía él. Pero la madre dejaba entrever otra verdad: el miedo al escándalo. La vergüenza. El qué dirán.

Habían habilitado una habitación discreta, alejada de las áreas principales de la mansión.

Clara sintió que la garganta se le cerraba.

La señora Ross confesaba no haber estado nunca de acuerdo, pero también reconocía que en aquella época las mujeres tenían poco margen frente a la autoridad del marido y las convenciones sociales. “I am her mother,” escribió en una de las entradas, “and yet I am powerless.”

Las últimas páginas eran más breves. Más quebradas.

Relataban el deterioro físico de la niña. Las crisis más intensas. El aislamiento absoluto. Y finalmente, una anotación escueta:

La encontraron muerta.

No detallaba cómo. No hablaba de violencia explícita. Solo mencionaba que, en un acto que definía como misericordia —aunque no especificaba de quién ni bajo qué circunstancias—, la niña dejó de sufrir.

La siguiente entrada hablaba de la fotografía.

El padre decidió que, al menos, tendrían un recuerdo. Pero hizo jurar a su esposa que aquella imagen no sería mostrada jamás. Que su existencia quedaría enterrada. Que la niña no figuraría en la historia oficial de la familia.

Clara cerró el cuaderno lentamente.

El silencio de la habitación secreta parecía ahora más denso. Más cargado.

Levantó la vista.

La niña seguía allí, junto a la pared, con los ojos cerrados.

No había acusación en su gesto. No había rabia.

Solo una presencia.

Clara comprendió que aquello no era solo una historia de terror. Era una historia de ocultamiento. De vergüenza. De silencios forzados.

Y, por primera vez desde su llegada, sintió que algo se alineaba dentro de ella. No miedo. No exactamente. Era otra cosa.

Material.

Material poderoso.

Porque entendía el encierro. Entendía el silencio impuesto. Entendía lo que significa ser apartada para preservar una fachada.

El paralelismo la golpeó con fuerza inesperada.

La niña fue ocultada para no manchar un apellido.

Ella estaba allí, aislada, para no manchar un contrato.

La conexión era peligrosa. Potente.

Cuando volvió a mirar hacia la pared, la figura ya no estaba.

La habitación seguía allí. Las argollas. Las manchas. El polvo.

Pero la niña había desaparecido.

Y Clara, con el cuaderno apretado entre las manos, supo que acababa de encontrar el corazón de su novela.

Las dos noches siguientes fueron un torbellino.

Clara apenas durmió. El diario de la señora Ross se convirtió en el eje de su manuscrito, pero no lo copió ni lo reprodujo sin más. Lo transformó. Le dio voz propia a la niña. Le dio conflicto a la madre. Le dio ambición y brutalidad contenida al padre. Construyó una tragicomedia basada en hechos reales —así pensaba titularla provisionalmente— donde el honor social se enfrentaba a la compasión, donde el silencio era más cruel que el castigo.

La máquina de escribir no descansó. El sonido metálico de las teclas golpeando el papel resonaba en la mansión como un corazón mecánico. Cada página terminada caía a un lado con un gesto casi ceremonioso. No corregía demasiado. No dudaba. Las palabras fluían con una claridad que jamás había experimentado.

Tres cientos cincuenta páginas.

Pura emoción.

Cuando escribió el punto final, no sintió euforia inmediata. Sintió algo más profundo: alivio. Como si hubiera cerrado una herida que no era suya… y al mismo tiempo sí lo era. El diario había sido la chispa. La niña, la brújula moral. Y en su mente, de una forma íntima e inexplicable, la pequeña descansaba por fin.

No volvió a ver la aparición.

No hubo más lamentos.

No hubo más descensos de temperatura ni puertas que se abrieran solas.

La casa permaneció en calma absoluta, como si el objetivo hubiera sido cumplido.

La mañana de su partida, el cielo había cambiado. Nada de lluvia persistente ni viento agresivo. La luz era clara, casi primaveral, y el paisaje que días atrás le había parecido hostil ahora resultaba sereno. La gravilla crujía bajo sus pasos, pero ya no evocaba persecuciones imaginarias.

Al cerrar la verja, levantó la vista instintivamente hacia la mansión.

Y entonces la vio.

En la pequeña claraboya redonda, justo donde había descubierto la habitación oculta, creyó distinguir una silueta diminuta. Una figura inmóvil que, tras unos segundos, alzó levemente la mano.

No fue un gesto dramático. Fue apenas un movimiento breve.

Clara no sintió terror.

Sintió gratitud.

—No te preocupes, pequeña —murmuró para sí misma—. Tu recuerdo quedará plasmado en mi novela. Te lo prometo.

La figura pareció desvanecerse con la luz.

O quizá fue el reflejo del sol sobre el cristal.

No se detuvo a analizarlo.

El camino hasta el apeadero le resultó más corto que a la llegada. El tren apareció puntual, como si también participara de aquella despedida ordenada. Durante el trayecto, Clara contempló el paisaje con una serenidad nueva. Se sentía satisfecha consigo misma. Fuerte. Reconciliada con su oficio.

Al llegar al aeropuerto, cuando el celular recuperó señal, la pantalla se llenó de notificaciones atrasadas. No las abrió. Marcó directamente el número de su editora.

—Lo tengo —dijo apenas escuchó su voz—. Está terminado. Llegaré lo antes posible.

No explicó cómo lo había escrito. No mencionó el diario. No habló de la niña. Aquello era suyo. Un secreto íntimo, casi sagrado.

Al otro lado de la línea, la editora la dejó hablar. No interrumpió su entusiasmo. Solo escuchó.

Y sonrió.

Cuando la llamada terminó, dejó el teléfono sobre su escritorio con una calma absoluta. No había sorpresa en su expresión. Ni incredulidad. Solo satisfacción.

Trabajo cumplido.

Algunos días después, en un despacho muy distinto al estudio silencioso de la mansión, la editora esperaba sentada tras su mesa con una serenidad que no era del todo natural. La luz entraba limpia por los ventanales, iluminando pilas de ejemplares recién impresos cuya portada proclamaba el título de la novela que ya era fenómeno editorial. Tres ediciones agotadas en tiempo récord. Críticas entusiastas. Entrevistas solicitadas desde varios países. El éxito no solo había superado expectativas; había desbordado cualquier previsión razonable.

Frente a ella, cómodamente recostado en la silla, estaba el exmarido de Clara. El pintor venido a menos, ahora con un aire algo más satisfecho, como si la vida hubiera comenzado a sonreírle de nuevo sin necesidad de pinceles. Entre ambos no había cordialidad genuina, pero sí una complicidad práctica. La editora deslizó un sobre grueso sobre la mesa con gesto firme.

—Aquí tienes tu cheque, según lo acordado.

El hombre lo tomó con naturalidad, lo abrió, examinó la cifra sin disimular la avidez y, acto seguido, lo guardó en su cartera con una sonrisa amplia que dejaba al descubierto algo más que satisfacción. Había en su expresión una mezcla de triunfo y desprecio.

—Me lo tengo bien merecido —dijo con tono burlón—. No sabes lo que es aguantar a esa egocentrista durante años. Ahora, en cuanto pueda, la desplumo del todo.

La editora no sonrió. Sus dedos se tensaron apenas sobre el borde de la mesa.

—Tú quieto —respondió con frialdad contenida—. Ya se te ha pagado con generosidad. Te divorciaste, sacaste buena tajada y encima te pagamos por tu colaboración. No confundas las cosas.

El hombre encogió los hombros, como si el reproche le resultara irrelevante.

—Bien cobrado está —replicó—. Ya vais por la tercera edición, ¿no? ¿De qué te quejas?

La frase quedó suspendida en el despacho con un peso incómodo. Tenía razón. La novela había traspasado todas las expectativas. No solo por las ventas, sino por la intensidad emocional que los críticos destacaban una y otra vez. “Una obra desgarradora y honesta.” “Una inmersión brutal en el sufrimiento humano.” “La novela más madura de su carrera.” Las palabras resonaban en la memoria de la editora mientras observaba al hombre frente a ella.

Y aun así, algo en él le resultaba profundamente desagradable. No por su participación en el plan —que había sido útil, eficaz incluso— sino por la mezquindad que destilaba. Había interpretado su papel con entusiasmo, exagerando conflictos, presionando desde la distancia, reavivando heridas con precisión milimétrica. Había sido una pieza necesaria en el engranaje. Pero eso no lo convertía en admirable.

La editora se recostó en su asiento y lo miró con una calma que contrastaba con el leve temblor interno que sentía.

—Recuerda una cosa —dijo finalmente—. Esto no fue por ti. Ni por tu talento inexistente. Fue por ella.

El hombre soltó una risa breve, incrédula.

—Claro, claro… por el arte.

Ella no respondió de inmediato. Porque, en el fondo, sí. Había sido por el arte. Por el negocio también, desde luego. Las cifras hablaban por sí solas. Pero sobre todo había sido por esa convicción profunda de que Clara necesitaba una sacudida real, una experiencia límite que la obligara a escribir sin red, sin cálculo, sin autocensura.

La editora sabía que la escritora jamás sospecharía del montaje. El aislamiento, la mansión, la historia cuidadosamente documentada, la aparición coreografiada con tecnología y ensayo, la habitación oculta preparada con meses de antelación… todo había sido ejecutado con precisión profesional. Incluso el diario había sido elaborado por historiadores contratados para garantizar coherencia lingüística y contexto verosímil. Nada quedó al azar.

El hombre se levantó, ajustándose la chaqueta con aire satisfecho.

—Un placer hacer negocios —dijo antes de dirigirse hacia la puerta.

Cuando salió, la editora permaneció inmóvil durante unos segundos. Luego miró uno de los ejemplares de la novela sobre su escritorio y pasó la mano por la portada con gesto pensativo.

Había funcionado.

Pero mientras contemplaba el título impreso en letras elegantes, una duda mínima, casi imperceptible, se deslizó por su mente: ¿hasta qué punto se puede fabricar una experiencia sin que algo imprevisible se infiltre en el proceso?

Apartó el pensamiento con rapidez.

Los números eran reales. El impacto era real. La emoción que Clara había volcado en esas páginas era auténtica.

Y eso era lo único que importaba.

Al menos, eso se repitió a sí misma.

Nada más cerrarse la puerta tras el exmarido, la editora permaneció unos segundos mirando el espacio vacío que había dejado. Luego tomó aire, recompuso el gesto profesional y volvió a sentarse frente a su escritorio. Apenas había apoyado las manos sobre la mesa cuando el teléfono fijo —ese que casi nunca sonaba ya— irrumpió con un timbre agudo que la hizo fruncir el ceño.

Descolgó con tono automático.

—Ediciones Tauro, ¿hablo con la editora?

—Desde luego. Dígame.

Al otro lado respondió una voz aflautada, excesivamente correcta, como quien pisa terreno delicado.

—Mire, soy la empresa contratada para un… servicio especial al que usted accedió hace unos meses.

La editora se quedó un instante en silencio. Su mente tardó apenas un segundo en situar la referencia. El equipo técnico. El montaje. La logística.

—¿Qué problema hay? —respondió, con una molestia que no intentó disimular—. Ya les mandamos el cheque por los servicios prestados.

La voz mantuvo un tono sorprendentemente amable.

—Desde luego, con el cheque no hay ningún problema. De hecho, descuide que se lo devolveremos en cuanto nuestra contabilidad se reajuste.

La editora se incorporó en la silla.

—¿Cómo que devolverlo? ¿Qué está diciendo?

Notó algo frío ascenderle por la espalda.

—No se alarme, por favor —continuó la voz—. No es un problema de fondos. Es simplemente que no hemos podido realizar el trabajo contratado. Tenemos una epidemia de gripe entre nuestros colaboradores desde hace semanas y, lamentablemente, no se ha ejecutado ninguna intervención en la propiedad indicada.

El silencio al otro lado de la línea fue absoluto.

La editora no respiraba.

—Perdone… —articuló al fin—. Eso no es posible.

—Comprendo su sorpresa, señora. Pero puede verificarlo. El equipo no se desplazó. No hubo instalación. No hubo simulación. De hecho, estamos devolviendo todos los anticipos porque el servicio no se prestó.

La voz seguía siendo profesional. Metódica. Irritantemente tranquila.

—Le enviaremos el justificante de transferencia hoy mismo.

La llamada terminó con una despedida cortés.

La editora permaneció con el auricular aún pegado a la oreja durante varios segundos más, escuchando el tono muerto.

Luego lo dejó lentamente sobre la base.

El despacho, lleno de luz y ejemplares de éxito, se volvió de repente extraño.

Abrió el cajón donde guardaba la copia del contrato del “servicio delicado”. Allí estaba. Firmado. Fechado. Confirmado.

Miró la novela sobre su escritorio.

Tres ediciones.

Reseñas hablando de “una experiencia visceral”.
Entrevistas donde Clara describía “sensaciones inexplicables” sin dar demasiados detalles.

La editora sintió cómo la lógica, esa herramienta que había utilizado siempre como brújula profesional, comenzaba a resquebrajarse.

Si el equipo no actuó…

Si no hubo montaje…

Si la habitación no fue preparada…

Si nadie manipuló luces, sonidos ni mecanismos ocultos…

Entonces…

¿qué fue lo que vio Clara?

¿Quién escribió realmente esa historia en la casa?

En ese mismo instante, su celular vibró sobre la mesa.

Un mensaje entrante.

Era de Clara.
Una fotografía adjunta.

La portada definitiva del libro en el escaparate de una librería.

Debajo, un texto breve:

“Gracias por empujarme a ir. A veces los fantasmas solo quieren ser escuchados.”

La editora sostuvo el teléfono con manos que ya no estaban completamente firmes.

Durante un segundo —apenas un segundo— creyó escuchar algo.

Un leve crujido.

Como madera antigua ajustándose.

Miró hacia la puerta cerrada de su despacho.

Nada.

El edificio estaba en silencio.

Se dijo que era el aire acondicionado.

Se obligó a sonreír.

Y, sin embargo, por primera vez desde que comenzó todo, la editora no estaba completamente segura de quién había orquestado el éxito.

Fin.